

rible minuto su puente levadizo, los dejó entregados á la matanza y al degüello. Clemente VII pudo ver sus defensores derribados cómo las reses en la carnicería; pudo oír los gritos de muerte lanzados por los vencedores y los lamentos de agonía lanzados por los vencidos; pudo sentir como las balas de los unos y las gotas de sangre de los otros manchaban los muros de sus palacios y de sus iglesias; y, desde el Vaticano, mientras la primera inmolacion de sus tropas, casi exterminadas, se verificaba, pasó á la fortaleza de San Angelo, en medio del humo de los combates y de la férvida granizada de los mosquetes. Un largo corredor, que conducía desde la iglesia al castillo, sirvióle de tránsito en aquella hora de horror. Paulo Jovio, que le acompañaba y que de cerca le seguía, lanzó su manto y su muceta sobre las espaldas del Pontífice, á fin de que no se viera bajo esta ropa morada su ropa sacratísima, fácil blanco á los arcabuces de aquellas gentes, ciegas ya de ira y ebrias con el vapor caliente de la sangre. ¡Espantable escena! Desde aquellos sitios, donde tantas veces el obispo y el monarca de Roma viera, entre el repique de las campanas y el acento de las músicas, á los fieles de hinojos, adorándole como á la representacion viva de Dios; y recibiendo de sus sacras manos las santas bendiciones, á cuyo influjo se despierta la oracion y el arrepentimiento en las almas; allí mismo, allí, reinaba la guerra, destruía la matanza implacable á los vencidos é inermes y se mezclaban con las descargas los juramentos y las blasfemias; como si la capital del mundo se hubiera convertido en un verdadero infierno.

Al reclamo del gran desastre volcáronse á una sobre Roma todas las calamidades sociales de aquel tiempo: los tercios hambrientos y mal pagados, en quienes entrara la insubordinacion y la indisciplina, prestándoles feroces apetitos, indignos de su tradicion nacional y de su valor heróico; los aventureros italianos, residuos de aquellas gentes condotieras, que ensangrentaron mil veces las tierras de su península y que sostuvieron la guerra feudal de castillo á castillo y de ciudad á ciudad; los lansquenets protestantes, en cuyas venas corria la sangre del eterno enemigo de la Roma temporal, de Arminio, y en cuyas inteligencias las ideas del eterno enemigo de la Roma espiritual, de Lutero; todos anhelantes por ofrecer en holocausto á la revolucion religiosa y á la doctrina evangélica el cuerpo de Roma como se ofrecian á los

dioses antiguos las víctimas vivas y palpitantes; y para que nada faltase, tras estos elementos de perdicion, los ejércitos señoriales de la campiña romana dirigidos por los crueles Colonnas y ansiosos de venganzas y desquites; con todo lo cual bien puede decirse que caian sobre la capital del mundo, como en los peores tiempos de su historia, los protervos genios de la destruccion y del exterminio.

Ocho dias de saqueo concedieron los jefes vencedores á sus codiciosos soldados. ¡Ninguna presa igual á la Roma del Renacimiento en aquellos últimos dias de la creacion artística! La borrachera de cólera, que habia como tomado á todos aquellos feroces guerreros, podía á mansalva satisfacer todos sus apetitos. Pocos cuadros presenta la historia tan terribles: clarines, como aquellos que han de anunciar el Juicio Final, entre el horror de una tempestad cósmica, suenan por los aires; descargas, semejantes á las erupciones de un volcan calenturiento, hacen estremecer con su estruendo hasta la firmeza y la solidez del suelo; gritos, que recuerdan el bramar del toro herido, el rugir del leon furioso, el graznar del cuervo hambriento, derraman el terror hasta en los ánimos mas valerosos; soldados sin freno ninguno, ebrios de cólera, anhelantes de venganza, codiciosos de botin, aguijoneados por instintos carnales y carniceros, violan, saquean, destrozan, matan; aquí la casta matrona, honor de una antigua familia, y allí la pobre religiosa de su altar arrancada por la brutalidad triunfante; y acullá la tierna vírgen, prometida al mancebo, que la rodeaba de casto amor, caen arrastradas por la violencia en brazos de aquellos hombres manchados de romana sangre, verdugos, no solo de la vida sino del honor tambien de sus infelices víctimas; por todas partes sectarios de una religion naciente, y opuesta en sus principios y prácticas á la religion de Roma, profanan las iglesias, destrozan los altares, demuelen las efigies, desgarran los cuadros, arrojan por tierra las reliquias, convierten las aras en pesebres, fingen cómicos entierros, llevando á los cardenales vivos en los ataúdes de los muertos, visten las casullas y albas para burlarse de los trajes sagrados, llenan los cálices de oro con el vino de las orgías, escupen á las hostias consagradas, parodian las ceremonias religiosas entre las carcajadas epilépticas de atroces borracheras; mientras el degüello se enfurece á medida que se ceba en los rendidos, á quienes no sirve de escudo ni la edad, ni el

sexo, ni el partido, pues lo mismo caen imperiales que pontificios, jóvenes que viejos, mujeres que niños, é insepultos por las calles en tanto número que los miasmas de sus cadáveres infestan los aires y derraman la peste; asemejando este día de aniquilamiento á las catástrofes mayores, ya referidas por la historia en sus veraces páginas ó ya ideadas por la poesía en sus fantásticos ensueños, al suicidio de Numancia y Sagunto, al sitio de Jerusalem por Tito en que murió casi toda una raza entre los brazos del vencedor, á la toma de la misma Ciudad Eterna por Alarico, cuando trataba de segar romanos como la hoz siega espigas, á los horrores del Apocalipsis, cuando los sellos del libro santo se rompen, los espacios del cielo azul se ennegrecen, los reflejos de la luna mustia se ensangrientan, los astros convertidos en carbones se desprenden del Empíreo como se desprenden los frutos secos de la higuera seca y helada, los montes saltan y desaparecen con la presteza de ciervos heridos, y los siete ángeles exterminadores descienden, armados de sus sangrientos cometas y vestidos con sudarios de muerte, dando gritos como los del águila airada en las alturas, para desarraigar toda vida y extender á los cuatro vientos las apagadas pavesas, las últimas cenizas, los restos postreros de los mortales, dispersas en lo vacío: que todo esto recuerda, siquier lo refieran historiadores sencillos, el terrible saco de Roma, traído por las debilidades de Clemente VII y consumado por los furiosos de Carlos V.

No sabia el Papa lo que arriesgaba con la debilidad de su gobierno y con la indecision de su política. El Catolicismo, aparte de sus dogmas, dependia indudablemente del predominio científico, religioso, moral, político, artístico de Italia sobre el mundo. Para que la idea católica prevaleciese, precisaba una tan grande autoridad moral de los Papas en la Roma moderna como grande fuera la autoridad de los Césares en la antigua Roma. Y para consolidar esta autoridad moral era indispensable que todos los hombres recibiesen alguna enseñanza de la nacion por los Papas encabezada y dirigida; era necesario que los artistas en sus academias encontrasen el rayo vivificante de la inspiracion celeste; que los políticos, en sus cortes, encontrasen las lecciones propias para modificar la realidad y vencer las dificultades suscitadas por doquiera contra la consolidacion del Estado; que los poetas vieses ¡allá! entre los ángeles del cielo católico las musas inmortales del Olimpo antiguo; que

los guerreros aprendieran táctica, estrategia, en los ejércitos italianos; que el comercio de todas las naciones envidiase aquellas espléndidas ciudades, aquellas poderosas escuadras, aquellos bancos riquísimos, aquel comercio fabuloso; que hasta los descubrimientos perteneciesen á la nacion-oráculo, y Amalfi inventara la direccion de la brújula y Génova la letra de cambio y Florencia la pintura moderna y Roma la estatua antigua; que todas las naciones dependieran de Italia, é Italia no dependiera de ninguna en su majestad cuasi olímpica y en su poder cuasi divino.

Pero, desde este tiempo tristísimo, el secreto de su autoridad propia y de su propia fortuna ya no se encuentra en Italia. No es ella quien agita la conciencia humana como en tiempo de Francisco de Asís ó de Inocencio III, es Alemania por boca de su tribuno religioso: no es ella quien descubre nuevas ú olvidadas tierras en el seno de los mares inmensos, como en tiempo de Marco Polo, sino Portugal y España; no es ella quien decide de los destinos del mundo, sino Carlos V, Francisco I, Enrique VIII; no es ella, siquiera, en este momento quien tiene el talisman de las artes plásticas, porque, muerto Rafael, deshonrado el Sarto, extinto el Correggio, viejo el Buonarotti, las artes triunfan, huyendo de las eclécticas escuelas de Bolonia y Nápoles, allí donde se levantara el Escorial, en los pueblos llamados á manejar para lo porvenir los pinceles de Rembrandt y de Velazquez. Y en este asomo de decadencia el Emperador católico, por su audacia, y el Papa católico, por su debilidad, clavan el puñal en las entrañas de Roma.

¡Error terrible! Ni Francia, ni España, ni Italia comprendieron que la revolucion religiosa iba contra la gente latina; porque ni Francia, ni España, ni Italia tenían idea de raza; como no tenían idea de patria, mejor dicho, de nacionalidad, los pueblos feudales en la tenebrosa Edad media. Pero el Papa y el Emperador bien podian haber comprendido que, así como las gentes germánicas opusieron la federacion de sus tribus bárbaras á la unidad absorbente de la Roma antigua, oponian ahora la federacion de sus pensadores protestantes y de sus teólogos revolucionarios contra la unidad absorbente de la Roma moderna. Todo pensador que formulaba una nueva idea, ó que constituia una nueva secta, ó que fundaba una nueva Iglesia en el seno de Alemania, dirigíase á un mismo tiempo contra el Imperio y contra el Pontificado; y á

nadie como al Emperador y al Pontífice le convenia salvar estas dos instituciones entre las cuales puede decirse que habia rodado toda la Edad media, como rueda toda nuestra vida entre los dos polos inmóviles de lo ideal y de lo real. En ningun tiempo habia convenido tanto como en este crítico tiempo, la union estrecha de los Pontífices y de los Césares; y se habian desunido Clemente VII y Carlos V sin comprender que si la voz de Lutero destruia el poder de las reliquias, la virtud de la eucaristía y de la misa, la santificación misteriosa de la antigua capital del mundo, la penitencia y la confesion por las cuales dependia la salud de los fieles de la voluntad del sacerdocio, la liturgia y la dogmática eclesiástica; los soldados, conducidos por los Oranges y los Borbones al terrible saco, demolian el cuerpo de la Ciudad Eterna, acababan con todos sus prestigios y todas sus preseas, entregaban sus grandes monumentos religiosos á las mas escandalosas profanaciones cual si fueran los cumplidores de las maldiciones apocalípticas lanzadas por el monje de Witemberg sobre la Iglesia de Roma.

¡Qué ceguera la ceguera de los Papas! Desde el momento en que Alejandro VI no comprendió la voz de Savonarola, todo estaba perdido en el mundo católico. Ninguno de los Papas se acordaba ya de que era Pontífice; todos á una se creian solamente reyes. Alejandro VI sacrificaba el purgatorio y el cielo al engrandecimiento de su familia; Julio II, sin presentir ni prever la tempestad de Alemania, se consagraba por completo á fortalecer los Estados Pontificios; Leon X, llamando guerra de frailes á la gran protesta de Lutero, ponía sus ojos tan solo en la suerte de Florencia; Clemente VII, aunque bastardo de los Médicis, se consagraba con furor al afianzamiento de la dinastía de su apellido en Toscana, y por este interés mundano y terreno malbarataba todos los intereses eternos y espirituales del Catolicismo. Y mientras tanto los soldados de aquel Emperador, que habia puesto en Worms fuera de la ley á Lutero, cumplian en Roma las sentencias de Lutero, y desacataban al Pontífice y al Pontificado.

CAPÍTULO V

NACIMIENTO DEL PROTESTANTISMO OFICIAL EN LA DIETA DE ESPIRA.—CARÁCTER QUE TOMA EL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA EN ALEMANIA

Las varias Dietas, ó sean, los varios Congresos germánicos, por nosotros historiados, señalan las diversas fases de la Reforma. En la Dieta de Worms, el Pontificado y el Imperio conservan su antigua supremacía sobre Alemania y la Reforma, que aparentaban una especie de retroceso significado por la precipitada fuga de Lutero. En la Dieta de Nuremberg retrocede el Pontificado ante el Protestantismo, merced á las concesiones de Adriano VI, mucho mas convencido de la urgencia de la Reforma que los mismos reformistas. En la Dieta de Espira, el Protestantismo se alza frente al Catolicismo, y logra reunir la cohorte de príncipes, que han de ser como el brazo y el escudo de la protesta. Por fin, allá en Augsburgo, último Congreso de este linaje, la Revolucion religiosa encuentra su símbolo y su credo como habia encontrado en el Congreso de Espira su formidable brazo y su fortísimo escudo.

La incesante agitacion de Alemania embargaba el ánimo de Carlos V y le movia en verdad á decisiones enérgicas. Penetrado de la estrecha relacion existente entre la dignidad pontificia y la dignidad imperial, conocia que, salvando los dogmas tradicionales, salvaba como el fuego de vida, en que se alimentaban las dos antiguas dignidades. Un César de tanto poder y de tanta autoridad como el gran Carlos, no paraba mientes en las oposiciones íntimas del espíritu ni en las espirituales resistencias de la idea. La imágen de Constantino, tal como la ha formado convencionalmente la ortodoxia católica, pasaba delante de sus ojos, y le persuadia con su ejemplo á la creencia de